

EL PENSAMIENTO DE AMOR.

(CONCEPCION.)

CUAL eeshalacion fugace
Que cruza en la noche el cielo
Y va lanzando en su vuelo
Un bellissimo fulgor;
Así pasa iluminando
Nuestra triste mente oscura,
Cual presagio de ventura,
Un pensamiento de amor.

Cual nube de oro y grana,
Que en sus alas lleva el viento,
Y luego, huracan violento
Ceba en ella su furor;
Al soplo del desencanto
Pierde así su leve esencia,
En nuestra corta ecsistencia,
Un pensamiento de amor.



Concepcion

¿Será posible que broten
En los prados en invierno,
Azucenas de olor tierno
Y de nítido color...?

¿Será posible que mi alma
Presa de la duda fría
Sienta la intensa alegría
Del pensamiento de amor...?

¿Dó hallaré una vírgen bella,
Que me adore con ternura,
Y disipe mi amargura
Que redobla su vigor;
Y con sus gracias divinas,
Por siempre en mi alma alimento
Dulce pensamiento, ardiente,
El pensamiento de amor?

¡Pobre de mí, que en la tierra,
Soy planta escótica y triste,
Que apenas débil resiste
De la fortuna al rigor;
Para ella no hay un destello
Del sol fulgente de estío,
Ni una gota de rocío,
Un pensamiento de amor!

¡Oh! si mi pálida frente,
Una hermosa acariciara,
Y á mis oídos llegara
Su acento consolador;
Entónces el pecho mío,
Dulce consuelo sintiera,
Y en mi mente renaciera,
El pensamiento de amor!

Mas, ¿quién escucha en el mundo
Los gemidos del poeta,
Que anuncian su vida inquieta
Y su férvido dolor. . . . ?
¿Qué vírgen linda, inocente,
Le enjugará el triste llanto,
Trocando el duro quebranto
En pensamientos de amor. . . . ?

¡Ay! cesa tú, ¡lira mia!
De dar tus quejas al viento,
Y de turbar el contento
De algun felice amador;
Hasta que vuelva á mi mente
Tendiendo sus blancas alas,
Ornado de ricas galas,
El pensamiento de amor.

A MI IDEAL QUERIDA.

DESCIENDE de los palacios aéreos en que habitas ¡ángel de mis delirios de amor! ¿No has visto con qué ansiedad te he buscado siempre? Quiero reclinar mi frente martirizada por los pesares sobre tu seno alabastrino, para alcanzar un dulce alivio. ¡Si vieras cuanto he sufrido! Creí una vez verte aparecer en el mundo en la divina imágen de una muger de ojos del color del cielo de mi pátria, de cabellera de un rubio pálido y de talle esbelto y elegante: la amé con toda la terneza de la sensibilidad, con la locura de la pasión, con el arrobamiento del entusiasmo; pero en cambio, no hallé mas que un gérmen de dolores que fué desarrollándose y arrancándome las ilusiones juveniles como los vientos del Otoño el follage de los árboles. En vano puesto de hinojos á sus piés pedí con voz moribunda un alivio; la amargura estaba impresa en mi semblante estenuado; en vano las lágrimas bañaban mis mejillas ¡inútiles esfuerzos! No alcancé la mas leve mues-

tra, ya no de amor, pero ni aún de compasion; permaneció im-
pasible como una estatua de mármol. Entónces, conocí que no
eras tú ¡ideal querida! Pero fué demasiado tarde, pues aque-
lla muger habia envenenado mi ecsistencia y destruido las
creencias que nos sostienen en la vida; entónces cruentos do-
lores destrozaron mi ecsistencia, y no hallé en el mundo un
bálsamo que los mitigara. En vano llamé en mi auxilio la
muerte; tambien se mostró insensible á mis súplicas.

¿Qué muger podrá calmar la sed inmensa que me abrasa
de amor; pero no de ese amor impuro de la materia que solo
dura unos instantes, sino el del alma que vive eternamente
y no mancha sus alas con el fango del mundo. . . . ?

He hablado en ese lenguaje de la pasion espiritual y nin-
guna jóven me ha comprendido, al contrario, he recibido en
respuesta risas de burla, de lástima ó de desprecio, que me
hicieron despertar de mi ilusion. ¡Necio! Creí encontrar la
perfeccion en la muger, cuando solo se halla en la mente pri-
vilegiada de los poetas.

¡Pero tú ¡ideal de mis pensamientos! siempre has arrulla-
do mis ensueños, has escitado mis delirios y aparecido en mis
éxtasis. Cuando he contemplado algun cuadro sublime de
la naturaleza, siempre me acompañabas, participando de to-
das mis sensaciones. Te he visto al borde de los torrentes y
cascadas; he visto empañarse tus ojos con lágrimas de gozo,
al mismo tiempo que los míos: en la inmensidad del mar me
has ayudado á soportar los pensamientos profundos que me
abrumaban: en los bosques sombríos y religiosos hemos repo-
sado juntos arrullados por el murmullo del céfiro en las hojas,
y por los gorgoros de las aves.

Cuando he delirado con los triunfos de la gloria; cuando
he soñado conquistar un laurel, ha sido solo para ornar tus
blancas sienes y para hacerme digno de tus favores divinos.

Cuando contemplo la luna y las estrellas, creo verte bajar
en los rayos de su luz hasta la tierra; cuando en las tardes
serenas del verano he visto los purpúreos celages, he creído
que descubria el color de tus labios; en la nieve pura de los
volcanes, la albura de tu tez; y en los rayos del sol, el oro de
tus cabellos.

Mas ¡ay! siempre te has presentado á mis ojos vaga, inde-
cisa, como reflejada en los bellos objetos de la naturaleza que
te sirven de espejos, confundiendo tu esencia con su esencia.
Siempre has dejado en mi corazon un vacío que llenar, y co-
mo la sombra á mi cuerpo, me sigues á todas partes, pero co-
mo ella impalpable, muda. Siempre estoy aguardando el dia
en que tomes formas y voz, para que satisfagas las necesida-
des de mi vida, ¡pero no, te confundes entre la nada y el ser!
¡Eres tal vez una imágen de la bienaventuranza, de la perfec-
cion sublime, que no se puede descubrir desde el mundo sino
á medias? Entónces venga la muerte al momento, quiero de-
jar esta morada imperfecta y contemplar á mi satisfaccion tus
gracias seductoras. ¡Escucha mis acentos, ilumina las mil
dudas que me cercan!

¡Pobre de mí! no eres mas que humo, aire, mentira.
la creacion de mi ardiente deseo.

DESTRUCCION

DE SENNAQUERIB.

(LOR BYRON.)

A MI BUEN AMIGO EL SEÑOR DON MANUEL CARPIO.

SOBRE el hebreo se lanzó el asirio
Como el lobo se arroja á los ganados;
Brillaban sus intrépidos soldados
Con el oro y la púrpura del tiro.

Y sus lanzas brillaban y sus cascos,
Como en el mar azul de Galilea
El estrellado cielo centellea
Cuando azotan las ondas los peñascos.

Cual del bosque, sin número las hojas
De verdes y magníficas palmeras,
Del ejército asoman las banderas,
Al espirar del sol las llamas rojas.

Y cual las hojas al doblar ardiente
Los vientos del otoño, al otro día,
Destrozado y disperso se veía
Por dó quiera el ejército insolente.

Que el ángel de la muerte envuelto en nieblas
Sus alas formidables desplegara,
Y veloz al pasar sopló á la cara
De la hueste dormida en las tinieblas.

Y con el hielo sepulcral se helaron
Los ojos de ginetes y bridones;
Aún latieron sus duros corazones,
Luego, por siempre de latir cesaron.

Aquí yacen los férvidos corceles,
Enhiestas las narices; no las hinchan
Como cuando belígeros relinchan
Al estruendo de espadas ó broqueles.

Con la espuma que sale de sus bocas,
Blanqueaban la yerba en su agonía,
Cual del hirviente mar la espuma fría
Cuando ruedan sus olas en las rocas.

Aquí yace también el caballero,
Pálido el rostro cual la flor de estío,
Empapada la frente con rocío
Y enmohecido el relumbrante acero.

Silencio funeral cubre las tiendas,
Las banderas están abandonadas,
Y las lanzas por tierra derribadas,
Y mudo está el clarín de las contiendas.

La viuda gime y vierte amargo lloro,
Y al templo vá con su hijo entre los brazos,
Y en el templo de Baal se hacen pedazos
Las ricas aras con sus dioses de oro.

Y no fué Assur herido con espada,
Y su soberbia que terror infunde,
Se deslizó cual nieve que se funde
Del Señor á la rápida mirada.